



El reino de los mil escalones

Manuel Ferrero - Laura Bécares

**Lobo Sapiens
León, 2010**

Federación ASpace Castellano Leonesa.
C/ Macizo de Gredos 45, bajo. Valladolid.



www.federacionaspacecyl.org
federaspacecyl@gmail.com
Tlfs.: 983 246 798 y 657 346 873

- © del texto **Manuel Ferrero**
- © de las ilustraciones **Laura Bécares**
- © del prólogo **Manuel Ferrero**
- © revisión ortotipográfica **Samantha Bolfan**
- © de la presente edición Lobo Sapiens, S.L.

Lobo Sapiens, S.L.
C/ Barahona nº 14, bajo-drcha.
24003 León
Tlf. 987 170 652

www.lobosapiens.net
comercial@lobosapiens.net

ISBN: 978-84-92438-46-4

Dep. Legal:

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*Dedicado a todas las personas
afectadas por Parálisis Cerebral.*

Prólogo

En las asociaciones de Personas afectadas por Parálisis Cerebral (ASPACE) es uno de nuestros anhelos que la sociedad conozca la realidad de estas personas, que resulta ser a menudo tan desconocida.

En nuestro afán por conseguirlo surge esta historia, que pretende convertir a los más jóvenes en protagonistas de un cambio de actitud necesario en nuestra sociedad, en la que el ejemplo a seguir dejen de ser las personas de vida dispersa, los ganapanes, títeres de papel cuché y vendedores de vergüenzas por entregas. Queremos darle la dimensión de héroe a quien supera sus límites, al que lucha por vivir y se plantea como reto cotidiano conseguir un espacio propio en el mundo.

Gracias a que la Federación ASPACE Castellano-Leonesa, la Fundación Roviralta, la Gerencia de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León y la Editorial Lobo Sapiens desinteresadamente han apoyado e impulsado este proyecto, hoy es una realidad que recorre bibliotecas y centros educativos.

Por último, mostrar mi agradecimiento a ASPACE León, a sus voluntarios, en especial a los voluntarios de la Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y de la Santa Veracruz y a la Asociación Krik de Slatina (Croacia).

Manuel Ferrero



Este cuento no empieza como todos los cuentos. No usa «érase una vez», sino «déjame probar de una vez». Esa era la frase más repetida por Agustina, porque no le permitían hacer nada por sí misma, cosa que le cabreaba. De todas maneras ella tenía estrategias muy inteligentes para salirse con la suya. ¿No sabéis quién es Agustina? Agustinas hay muchas, pero la nuestra era especial.

Antes de nacer, las crónicas anunciaban, los brujos aseguraban y las magas tenían por hecho cierto que nacería un niño que sería un gran caballero. Su cuna sería humilde.

¡Ya sé, ya sé! Diréis que es el tópico, pensaréis que la profecía seguiría así: «Matará a un Dragón camorrista, terror de las aldeas y se casará con una princesa panoli que lo único que quería en la vida era apañar a un príncipe azul mojigato».

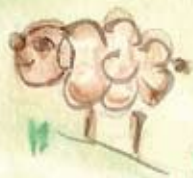
Os basta saber que la predicción aseguraba que tendría el don de la comunicación y que, eso sí que acertasteis, mataría a un monstruo. ¿Qué monstruo? Tiempo al tiempo. En lo que se equivocaron fue en que sería chico.



Dos humildes campesinos vivían felices. El padre cuidaba y esquilaba ovejas. La madre soñaba con tener un hijo. Una tarde llegó un pitoniso al pueblo. Iba en un viejo carromato vendiendo bálsamos «cura todo» y «crece pelos». Al pasar por el hogar de los campesinos hizo que temblaba y con voz profunda gritó para que la aldea lo oyese:

—Éste es el hogar del que ha de nacer el más grande caballero de todos los tiempos.







Una mezcla de terror y esperanza recorrió la villa. En casa del ovejero había de nacer el libertador. ¿El libertador de qué? ¡De que va a ser! Del monstruo. Un malvado gigante que tenía sometido a todo el reino. A su gusto asolaba casas, zampaba niños, rompía catedrales o hacía sus necesidades encima del castillo real. Con un solo estornudo arrasó la capital. Eran temidas sus ventosidades por su fuerza huracanada y por su atroz olor capaz de enfermar a cualquiera.

Los que habían osado enfrentarse a él habían muerto de un manotazo, pisotón o golpe de dedo.



Afortunadamente, al gigante le aburría la gente y desde hacía unos años sus actos bárbaros habían descendido. Ahora en vez de matar a la gente, la chantajeaba. A los panaderos les pedía hogazas de tres toneladas, al carnicero chorizos de 500 kilos y al pobre campesino, toda la lana para que el sastre tejiera su ropa gigante. Si alguien desoía sus deseos, montaba en cólera y arrasaba todo.



La villa de Bordillo de la Ribera, pueblo donde sucede la historia, se sintió feliz y el viejo Reino de los Mil escalones al que pertenecía hizo sonar las trompetas reales. Había corrido la voz de que nacería un salvador. Acudieron todos a la casa de aquel humilde matrimonio de ovejeros. Y para alegría de los mil habitantes del reino, se anunció la noticia: la mujer estaba embarazada y el niño se llamaría Agustín.



Toda esa euforia era contenida. Cuidaban mucho de que el gigante no se enterara. Silencio sobre el tema cuando venía a recoger las diez mil toneladas de leña para su chimenea gigante. Silencio si se le veía aparecer detrás de las montañas rascándose el trasero y silencio si preguntaba: «¿Qué demonios os pasa?»

Pero las cosas en este cuento no son lo que parecen. Ya os imagináis la sorpresa cuando en vez de niño, vino niña. Pasado el susto de que fuera chica, la mayoría aún creían que ella haría real la profecía.





Justo al nacer, nuestra aventurera tuvo un percance. Se hizo un lío con el cordón umbilical. Casi no lo cuenta. Esa falta de aire le causó problemas. Desde que era chiquitina los padres estaban preocupados, su movilidad era distinta y reaccionaba de manera rara a los estímulos. Todo el reino se preocupó.



¿¿Anoxia, parálisis cerebral, espástico, atetósico, atáxico??

El rey hizo venir a los médicos reales que decían palabras extrañas que dejaban sin aliento a los padres: «anoxia, parálisis cerebral, espástico, atetósico, atáxico». Parecían conjuros de magos. El peregrinaje de Agustina por todos los hospitales fue terrible. Pruebas y más pruebas. Hasta que los papás vieron que la cosa no tenía arreglo. Con los años la gente olvidó la profecía. Agustina creció viendo cómo sus padres le daban de comer a la boca, la duchaban, la llevaban al servicio y la limpiaban. Siendo una moza fue capaz de apañarse sola, pero le costó. Es duro depender de otros para realizar las funciones esenciales de la vida.

Casi nunca salía a la calle, salvo que alguien la llevara en brazos y aunque podía mantenerse un rato de pie, en seguida se cansaba ¡Pero que nadie olvide que ella era la elegida! Se esforzaba por hacer las cosas ella misma, aunque tardara más. De ahí que odiara la frase: «Pobrecita, ya te ayudo yo». Recordáis que el cuento empezaba con la frase «déjame probar de una vez». Nuestra heroína consiguió comer sola, vestirse sola, lavarse sola y peleó contra viento y marea para ir a la escuela. Le costó meses hacer entender a sus padres, por gestos, que quería ir.

En la escuela no comprendían que, aunque su movilidad fuera reducida y que, a la hora de hablar, gruñera o murmurara cuatro sonidos, Agustina, era inteligente y tenaz. Ella tenía derecho a recibir educación y a desarrollar sus potencialidades, pero aquel era un reino de mentalidad muy antigua.



Vaya fiasco de profecía. ¿En qué tendría aquella niña el don de la comunicación y cómo podrían con sus manos deformadas y sus piernas temblorosas enfrentarse a ningún gigante? Hasta sus padres dejaron de creer que se haría posible la predicción. ¡Cuántas milongas habían oído de ganapanes y curanderos que prometían curar a Agustina de sus males! Nadie recordaba ya cuando nuestra protagonista tenía 15 años. Sólo Agustina guardaba en su interior la voluntad y el convencimiento de acabar con la crueldad del gigante.

Todos los días para ir al colegio tenían que llevarla en brazos, por lo que sus padres pidieron al carpintero que le fabricara un carro especial. El ebanista construyó, en lugar de un carro, una silla de madera con ruedas grandes.

Con aquella silla salía a la calle y empujándose con los pies torcidos y las manos temblorosas, recorrió lo que estaba alisado del pueblo. En el colegio se aplicaba y a menudo sorprendía por su amor propio e ingenio. En Bordillo, pocos lugares eran



aptos para rodadas, pues en el Reino de los Mil Escalones todo se arreglaba a base de escaleras. En la escuela pusieron la primera rampa, y poco a poco los habitantes fueron añadiéndolas a sus negocios y a sus tiendas. No todos. Sólo aquellos que conocían y respetaban a Agustina.





Cierto día, el gigante le pidió al rey, una tortilla de patatas de mil huevos. El asustado rey explicó al malvado que no había sartén gigante con la que poder freírla, y que darle vuelta sería imposible. El gigante agitó las manos al cielo y secuestró a la princesa. (Si en tres meses no tenía su tortilla, la mataría.)

Los buenos aldeanos lo intentaron. El herrero en veinte días de trabajo hizo la sartén con ayuda de cien hombres más, pero los cocineros eran incapaces de darle la vuelta a la tortilla. Y si lo lograban se les caía rota en mil pedazos al suelo. Con lo que costaba reunir mil huevos.

El Reino de los Mil Escalones se tiñó de luto. Todos sabían que ella iba a morir y nadie se atrevía a enfrentarse al gigante.

Por esos días Agustina descubrió que en el reino había más paralíticos cerebrales. Al igual que ella, casi no habían salido de casa porque no tenían silla.

El carpintero fabricó 2 sillas más. Al igual que Agustina, estos amigos tenían problemas para hablar, comer y moverse. Las fa-

milias de los tres, se juntaron y fueron a ver al rey. Querían que en el reino se suprimieran los bordillos, las puertas estrechas y las mesas altas. El rey consternado por la posible muerte de su hija, no les atendió bien e incluso comentó:

—Sabéis lo que costaría eso, sólo para tres personas.

Agustina, que estaba en la sala, hizo gestos al rey.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe su majestad que seré yo quien derrote al gigante?

Con miradas, palabras sueltas y gruñidos explicó su argumento.

Nadie en la sala lo entendió, salvo sus familiares y sus dos nuevos amigos. Como no estaban en la corte acostumbrados a escuchar despacio y a mirar a los ojos, no entendieron. Mejor fue así, porque de haber sabido que Agustina aún creía en profecías se habrían reído de lo lindo.

Como el gigante no tuvo tortilla, el gigante se comió a la princesa. Eructó después frente al castillo. Todo el mundo lloró la pérdida.





Años después teniendo nuestra aventurera treinta, convenció a sus amigos y vecinos cercanos para que se asociaran; entre todos prepararían la batalla con el gigante. En su ejército sólo habría tres personas. Ellos debían demostrar por sí solos la realidad de la frase:

—¡Déjenos probar de una vez!

Toda la aldea se conmovió con el anuncio de Agustina. El carpintero y el herrero, siguiendo las ideas de la capitana, mejoraron las sillas. (Con motor de vapor

y una palanca para conducir). Inventos locos y geniales. Luego llegaron las ideas de crear comunicadores con imágenes. En la alforja trasera del zurrón, todos llevarían un folleto con dibujos, así sería más rápido comunicarse. Se señala lo que se quiere decir y ya está.

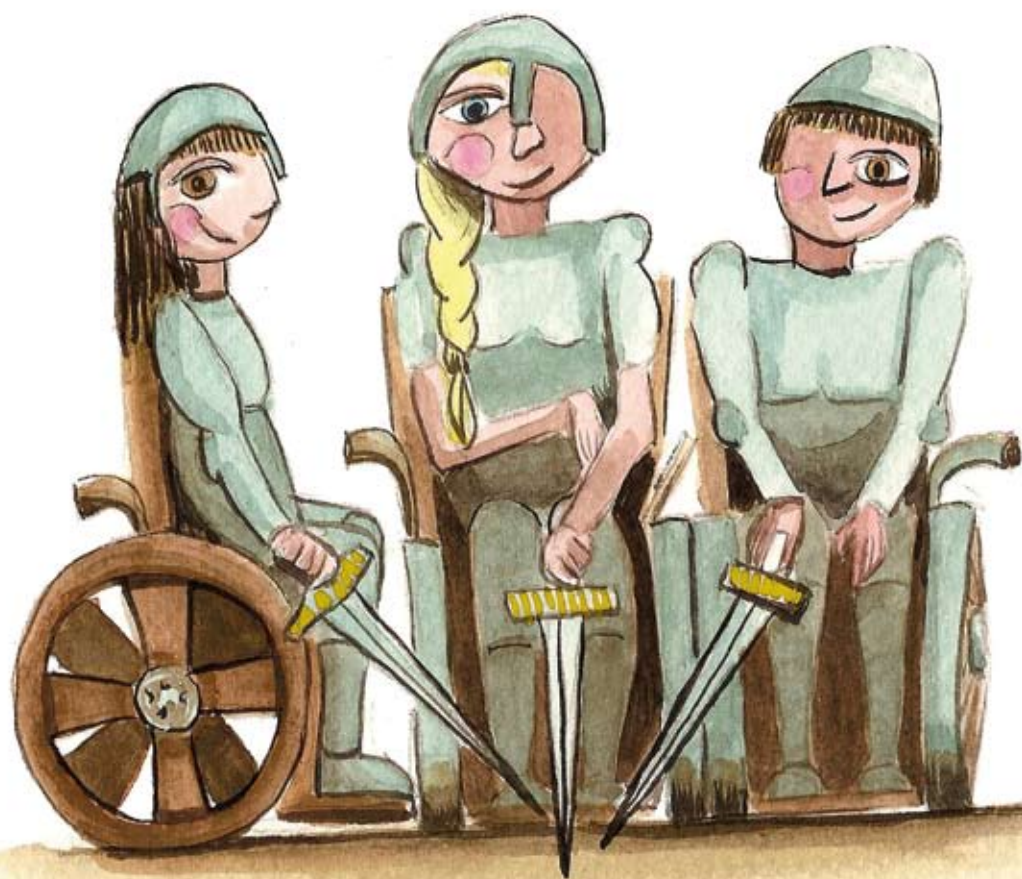


La ilusión y la voluntad con la que se preparaban y ejercitaban con las espadas conmovieron al pueblo. Todos se asombraban de que manos temblorosas y espásticas agitaran los espadones. Espontáneamente se creó una leva de hombres y un gran ejército se preparó en silencio contra el gigante. Llegado el día fijado para la batalla, solamente nuestros tres guerreros Aníbal, Agustina y Alejandra, quedaron encerrados. Por orden de algunas familias muy protectoras y del rey, se les prohibió combatir.



Agustina sintió pena. Ella había generado la ilusión por la batalla y era la destinada a derrotar al gigante. La carga no fue fructífera. Con una brazada y un grito, el gigante asoló el ejército. Mató a la mayoría. Dejó minusválido al rey y amenazó con quemar y pisotear Mil Escalones, si en tres meses no tenía una paella a la valenciana con 80.000 gambas y diez toneladas de arroz. La gente estaba consternada. Aquello parecía misión imposible. ¿Dónde encontrarían tantas gambas?





Agustina y los guerreros pidieron audiencia al rey. El rey los recibió. Su trono se había convertido en una silla de ruedas. Sentado desde él escuchó:

—Yo soy la elegida— gesticuló Agustina— éste es mi ejército. Mañana, queráis o no, nos enfrentaremos al gigante.

Esta vez el rey se alucinó. Había entendido lo que le decían. Tal vez la vida le había vuelto humilde.

Los tres se prepararon, se pusieron las armaduras, afilaron las espadas y volvieron sus sillas hacia el castillo del gigante. A medio camino, todo se llenó de rocas y se hizo imposible atravesarlas. Ya se volvían desolados, cuando los habitantes del pueblo con el rey a la cabeza, allanaron el terreno, les escoltaron y acompañaron.

El gigante se asomó a su balcón grandioso y al ver como una hormiga a los guerreros, le dio un ataque de risa. Agustina y Aníbal sacaron la espada. Alejandra escupió en la tierra y Agustina clavó sus ojos en aquella bestia.

De la risa, pasó al asombro y del asombro al silencio. Un grupo de discapacitados le plantaban cara. De todos modos algo sorprendió al gigante: la mirada de la capitana. Sus ojos brillaban con una intensidad nunca vista. Conocía aquel brillo. Ancestralmente los gigantes se habían comunicado por los ojos, eso mucho antes de que se usara la palabra. Era curioso. Aquel ser minúsculo tenía el don para comunicarse con la mirada.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así?
—echó un vistazo inmenso a Agustina.

—La vida. —contestaron los ojos de la jefa.

—Acabaremos contigo— gritaron las pupilas de Alejandra.

—¿Por qué dañas a la gente inocente?—
Pestañeo Aníbal.

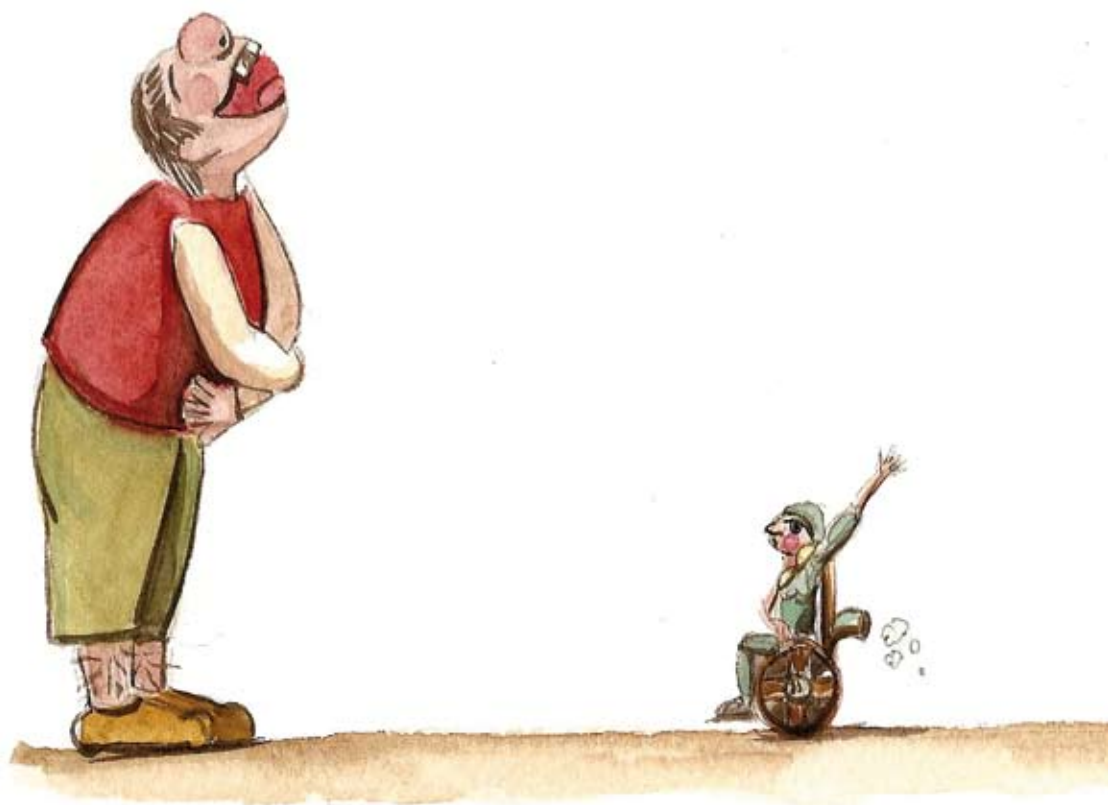
—¿Por qué no te vas?— la capitana se-
ñaló el dibujo de caminar de su comunica-
dor.

—¡Vas a morir!— afirmó Agustina blan-
diendo la espada al viento.



El gigante nuevamente se doblaba de la risa, tanto que subestimó su valentía.

—Echadle la soga —agitó el brazo con energía. Era la señal.



Anibal tocó un botón de su silla y una recia maroma de hilos de salguera se anudó al cuello del gigante. Las sillas dieron marcha atrás a toda máquina. El gigante se puso morado tanto que no era capaz de respirar. Las tres sillas sujetaban cada una desde su lado al hombretón, que al verse presto a morir, se echó a llorar. A empujones, hicieron que el gigante renqueando llegara a una gran cueva. Todos los ciudadanos se le echaron encima. Y lo encadenaron con la cuerda que sobraba.

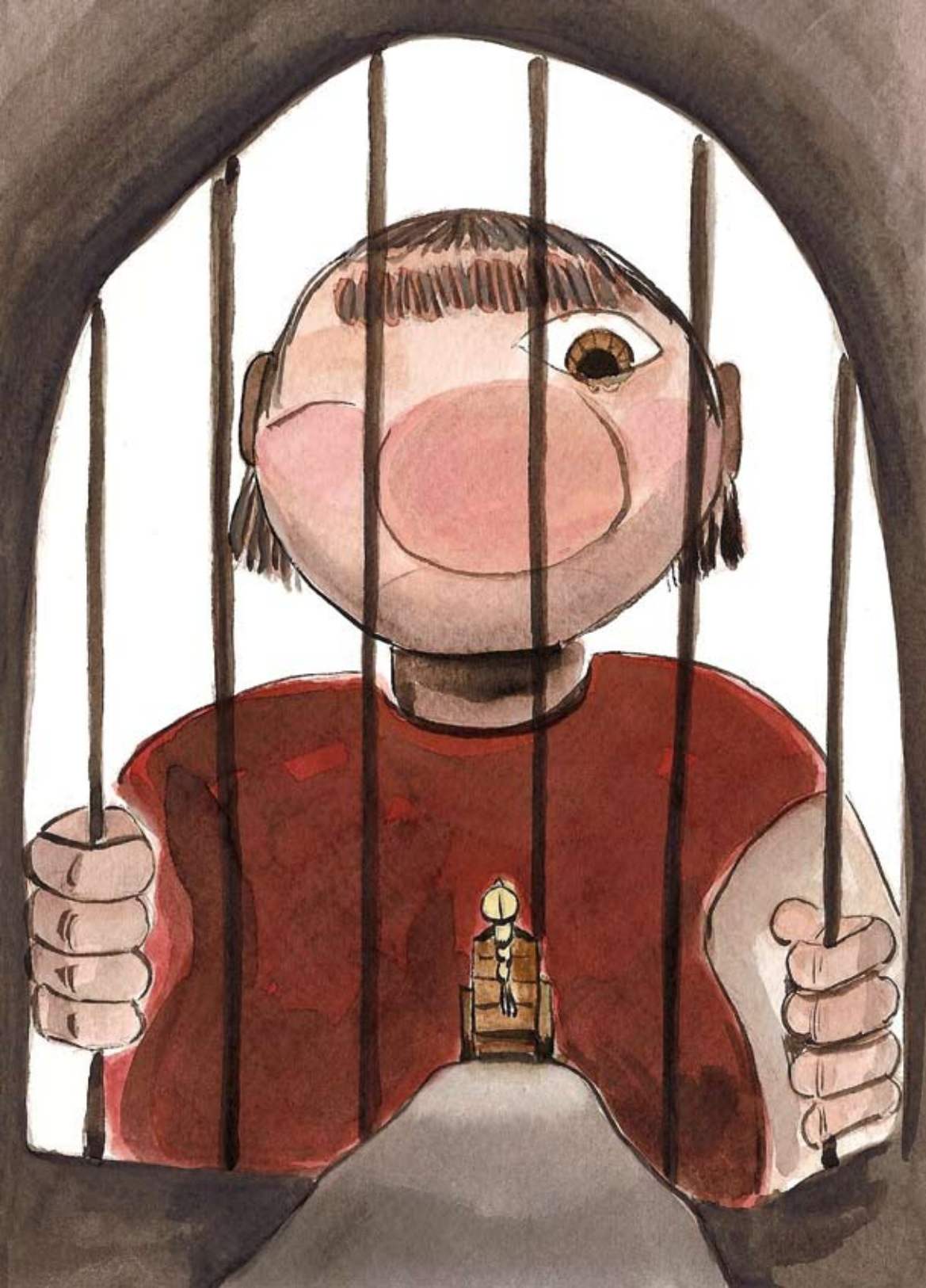


Alejandra fue la primera en pisarle la panza. Se levantó de la silla y, apoyada en una roca, levantó la mano en señal de victoria. Atado y amordazado, lo dejaron en el fondo de una cueva. Con el tiempo construyeron muros de acero para que no viera el sol y lo encerraron para siempre jamás.



Solamente Agustina de vez en cuando
sube con sus amigos para charlar con él.
Nadie más se atreve.





El gigante sigue asombrado de que conozcan el lenguaje de la mirada. De que hayan vencido su tamaño. El encierro le ha vuelto humilde, pero los habitantes de Bordillo no se atreven a soltarlo, por lo que pueda pasar. La última conversación que tuvo con nuestra campeona fue la siguiente:

—¿Sabes lo que aprendí...? Que ser gigante no da derecho a abusar.

—Y yo, gigante, que tener otro ritmo o una parálisis cerebral no quita capacidad para crecerse a tamaño gigantesco.

Los habitantes, que no dominaban bien el idioma de los ojos, se morían de ganas por saber qué se decían vistazo a vistazo, visaje a visaje, pestañeo a pestañeo y pupila a pupila.

Diez años más tarde Agustina convenció al rey de que soltara al gigante. Estaba convencida de que se había reformado y con su tamaño podría ser una gran ayuda para todos. El rey accedió, confiaba en ella. El gigante se hizo jardinero y se dedicó a eliminar todos los escalones del reino. Se volvió noble y apacible.

La profecía se cumplió. Agustina fue laureada y reconocida; no pedía nada de eso. Ni halagos vacíos, ni condescendencia, ni lástima, ni paternalismo, solo quería que se hiciera popular la frase: «Déjame probar de una vez». Bien sabía que las personas no tienen límite si tienen voluntad férrea.



¡Ah! Se me olvidaba. ¿No hay amor en el cuento? Que le pregunten a la señorita Alejandra, que para mí que algo se trae con Aníbal.

¡Eh! ¿Y el rey? ¿Qué fue del rey? El rey decidió prohibir construir bordillos y escaleras. Ahora se gasta lo necesario. Si no por sentido común, porque le tocó en sus carnes. Entiende pues su deber de hacer todo transitable.

¡Uh! ¿Y el pueblo, las familias, el carpintero y el herrero? Al no tener matón en la comarca, prosperaron y se sintieron satisfechos. El pueblo cambió de nombre y se llamó Ruedillo y el reino dejó de llamarse de los Mil Escalones y se intituló: Reino de los Mil Soñadores.

Y fueron felices... Y comieron con masticador, perdices o lo que fuera, siempre y cuando supieran buenas. Quiero decir, bien cocinadas.



Epílogo

En reunión de trabajo con algunos usuarios de AS-PACE se aportaron las siguientes propuestas en relación a cómo quieren ser tratados:

- Pregúntame antes de darme ayuda, puede que no la necesite o no la quiera.
- Míranos como mirarías a una persona sin trastorno, no somos diferentes. No te quedes mirando como un idiota, porque eso es lo que pensaremos de ti.
- En vez de una mirada descarada ofréceme una sonrisa, verás lo que la gente te devuelve.
- Esfuérzate por entender a los demás, si una persona no habla bien, no quiere decir que no entienda o que no pueda comunicarse o expresarse. Su comunicación puede ser diferente, pero igual a la tuya. Ten paciencia y escucha porque tenemos mucho que decir.
- Es importante que cedas el asiento a personas con trastornos motrices, porque puede que necesiten descansar más que tú si tenéis que estar de pie durante un tiempo largo, por ejemplo en un autobús.
- Respeta los rebajes y no aparques en ellos, ni tampoco encima y al lado de pasos de peatones. Una silla de ruedas levanta la altura de un coche y la falta de visibilidad puede provocar un accidente.

***"Soy una persona como tú,
olvida las etiquetas"***

14 de octubre del 2009

La Federación ASpace Castellano Leonesa, con el apoyo incondicional de trabajadores, usuarios, y familiares de las personas afectadas por Parálisis Cerebral, propone una serie de consejos prácticos para relacionarse con estas personas:

- Pregúntale directamente como quiere ser ayudado.
- Háblale de frente, camina a su lado y a su paso.
- Atiende a su forma de comunicarse.
- Escucha, dale tiempo. Si no entiendes, pregunta.
- Dirígete a la persona afectada, no a su acompañante.
- Déjale tomar sus propias decisiones.
- No te sientas mal si rechaza tu apoyo. Déjase hacer.
- ¿Has pensado "qué puede hacer esta persona por mí"?
- No le crees falsas expectativas.

